

No 1120

LOS CHINOS *y la* *Revolución* CUBANA

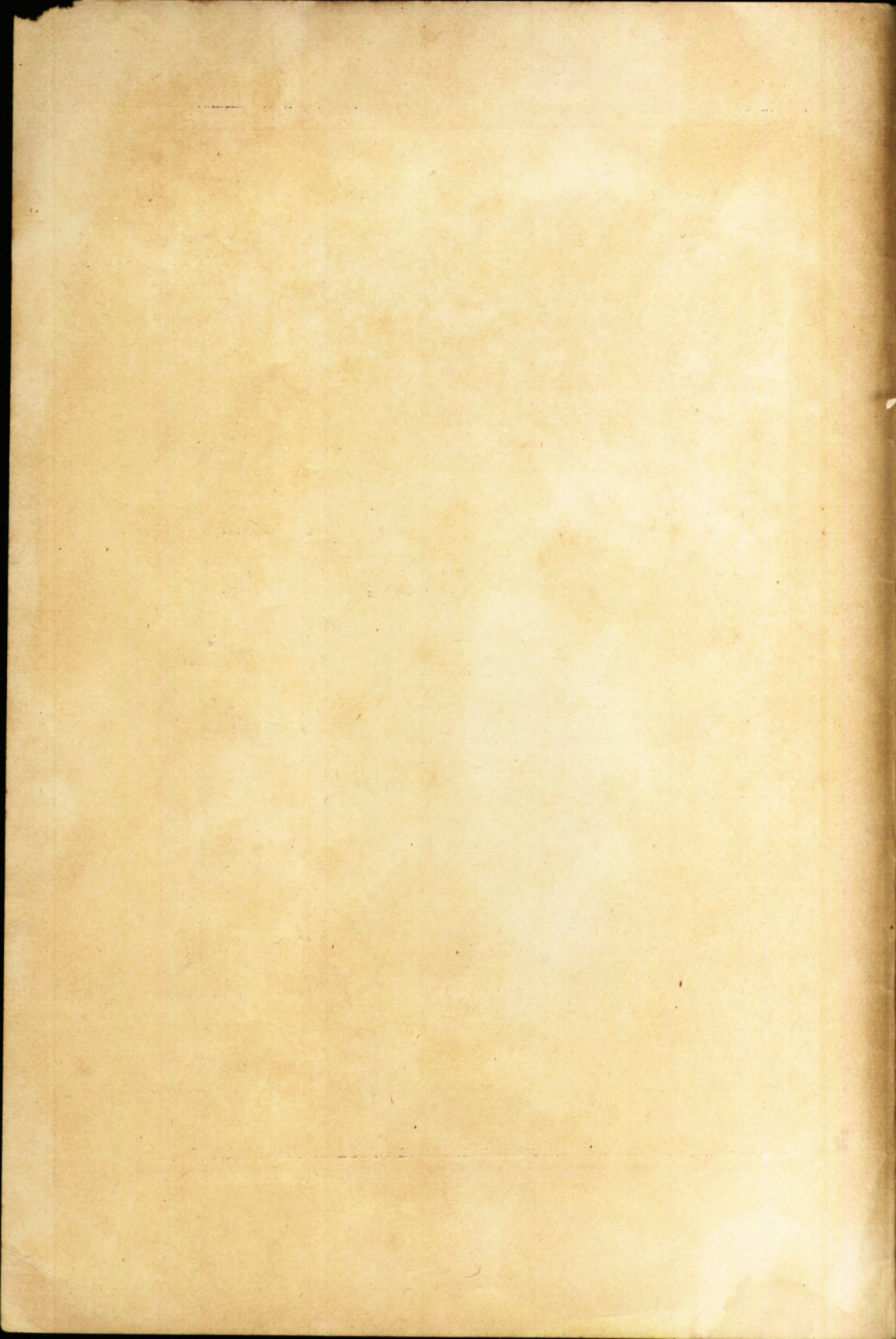
POR
GONZALO DE QUESADA

Reimpreso en ocasión de inaugurarse el monumento a la memoria de los chinos que combatieron por la Independencia de Cuba — con introducción y notas por Juan Luis Martín.

PROLOGO
del Doctor TI-TSUN LI

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de China en Cuba.

LA HABANA
1946



華僑參加古巴獨立戰役勲績紀略

李迪俊謹題



"!No hubo un chino cubano desertor;
no hubo un chino cubano traidor!"

Gonzalo de Quesada

Impreso por ÚCAR, GARCÍA Y CÍA., Tte. Rey, 15, La Habana, Cuba.

PROLOGO

Por el DOCTOR TI-TSUN LI

Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de
China en Cuba

Desde hace muchos años, se alza en el Vedado una columna gris, de exótica traza, modesta pero expresiva que señala al pueblo cubano, de una manera visible, lo que está en lo invisible de lo más íntimo, en el recuerdo de los actos valerosos de los chinos que pelearon por la independencia de Cuba, memoria firme, por lo ostensible de aquellos hechos. No ignoran los cubanos que más de un glorioso campo de batalla de su libertad guarda los restos de sus hermanos, junto con los de los mambises chinos que, desde los primeros momentos de la guerra de los Diez Años, fueron soldados de la libertad. Ellos estuvieron en la desgraciada pelea de Cauto el Embarcadero, en Las Guásimas, en Jimaguayú, en las mil operaciones de Las Villas, como nos dice el discípulo preferido de José Martí, su albacea espiritual, Gonzado de Quesada, en este ensayo que hoy reproducimos y que él hizo publicar en español e inglés. La síntesis de la participación de nuestros compatriotas la hace el gran cubano con una frase: "No hubo un chino cubano desertor; no hubo un chino cubano traidor", que escribió en 1892.

Hoy, nos ha tocado la suerte de poder inaugurar oficialmente el monumento de los mambises chinos. Había sido colocado en aquel lugar hacia muchos años, pero no había podido inaugurarse, porque pocas semanas antes de la fecha para la cual había sido fijada la ceremonia, se producía el ataque japonés a la Manchuria en septiembre de 1931, acto de agresión que precipitó después la guerra mundial en la cual combatieron China

y Cuba como aliadas en armas. Ahora que ha coronado la victoria el esfuerzo común de los pueblos democráticos, y en la oportunidad de visitar La Habana una Escuadrilla de la armada china cuya dotación realzará el acto con su presencia, se ofrece la ocasión propicia de inaugurar este monumento que es como un símbolo de la fraternidad chino-cubana. La ceremonia se efectuará bajo los auspicios de la Asociación de Veteranos de la Independencia de Cuba, y será presidida por el Honorable Señor Presidente de la República, a quien estamos los chinos tan reconocidos por la simpatía de que tantas pruebas ha dado, que alienta hacia nuestra patria.

China tiene también para con los cubanos una deuda de gratitud, por las unánimes simpatías con que nuestra nación contó en su pueblo, durante las horas difíciles de nuestra guerra por la subsistencia nacional contra el totalitarismo. Desde los primeros instantes, Cuba fué nuestra aliada espiritual en esta guerra, antes de serlo por las circunstancias internacionales. Y a expresar también nuestro agradecimiento, viene al puerto de La Habana esa escuadrilla de confraternidad chinocubana, en gesto de tan honda significación, como es el existir una tradición de amistad, que vincula a los pueblos de Cuba y China, desde antes de alcanzar la primera su independencia y la segunda la destrucción de la dinastía manchú....

A nosotros nos place sobremanera el haber podido complacer el anbelo que Gonzalo de Quesada expresaba en su ensayo, de alzar en "nuestra patria redimida... al chino un monumento digno", pues él compartió "con el esclavo negro y el esclavo blanco las victorias y los sufrimientos".

Para recuerdo de este acontecimiento, uno de los más importantes en las relaciones del pueblo cubano con la colonia china, hemos obtenido autorización del doctor Gonzalo de Quesada y Miranda para la reimpresión de la obra de su ilustre padre, que ha sido anotada brevemente por el Sr. Juan Luis Martín, autor de numerosos trabajos sobre la participación del chino en la independencia de Cuba.

La Habana, abril de 1946.



Monumento que se levanta en el Vedado, Habana, en memoria de los chinos que tan valientemente combatieron en la Guerra de Independencia de Cuba.



Gonzalo de Quesada y Aróstegui, discípulo y gran colaborador de José Martí, autor del ensayo que se reproduce en este folleto en el cual expresó lo justo que sería erigir un monumento a la memoria de los "mambises chinos".



KOTO
M. GIRALDO

S. E. el Doctor Ramón Grau San Martín, Presidente de la República de Cuba, y S. E. el Doctor Ti-Tsun Li, Ministro de la República de China en Cuba, que presidieron la inauguración del Monumento, y que han colaborado íntimamente para estrechar las relaciones entre los dos países.



El buque chino "Tai-Kang", una de las ocho unidades de guerra que visitaron La Habana en misión de buena voluntad, y cuyas dotaciones participaron en la inauguración del Monumento.

INTRODUCCION

Por JUAN LUIS MARTIN

Cuba debe gratitud y homenaje a los chinos que por su independencia combatieron, incorporados ya a las fuerzas mambisas, como habían estado incorporados también a la población cubana, desde veinte años antes de estallar la Revolución, padeciendo con ella, como porciones que eran de una de las clases más maltratadas del sistema colonial. Los primeros en reconocer lo que los chinos hicieron por la Patria fueron aquellos cubanos de la exilarquía, que, en Cayo Hueso, levantaron un cenotafio a los que se habían sacrificado por la nación cubana, antes de que ésta pudiese levantar su bandera, entre las banderas de los pueblos soberanos. Pero el más exaltado homenaje, el de la palabra, lo dió Gonzalo de Quesada en el precioso ensayo, "Los chinos y la revolución cubana", que aquí se reproduce. El monumento que ahora se inaugura oficialmente en un parque del Vedado es, en cierta manera, un tributo también a su memoria, la de ese intachable amigo de Martí, porque nadie hizo más que él, con ese folleto, para conservar lo que acaso la tradición oral no habría podido mantener.

¿Cuántos chinos entraron en las filas de la Revolución Cubana? Es difícil conocerlo con exactitud. Fueron todos, o casi todos, los que al ocurrir el estallido estaban en las provincias de Oriente, Camagüey y Las Villas, y los que se agregaron tan pronto como tuvieron ocasión de hacerlo, en la provincia de Matanzas, además de los que ya vivían en la área de ingenios de esa región, como cimarrones, durante todo el tiempo que allí hubo un estado latente de insurrección.

En las nóminas de los cuerpos revolucionarios es difícil conocer quienes eran los chinos. Se daba a éstos nombre y apellidos españoles, siguiéndose

las prácticas de la legislación, que obligaba a los colonos chinos a tomar los nombres que les diesen sus patronos, o los que recibían en el bautismo. Muy pocos eran los que como José Wu, Sebastián Sian y José Anelay podían acreditar por las cédulas españolas su filiación china. Los que se bautizaban tenían la ventaja de obtener la liberación del contrato y esto indujo a los que estaban en mejor posición económica, a establecerse independientemente. La gran masa de los contratados, aunque llevasen mucho tiempo en el país, no eran conocidos más que por los nombres y apellidos con que habían sido filiados, en los registros del colonato. Estos se cuentan entre tantos héroes anónimos, de una causa de justicia. De lo que hicieron los más destacados, los excepcionales, da testimonio Gonzalo de Quesada; la obra de los demás se confunde en la obra de polvo de pueblo. ¡Cuánto darían hoy los chinos radicados en Cuba por rescatar los nombres originales de aquellos compatriotas suyos que se inmolaron por la independencia de Cuba, para grabarlos en ideogramas sobre el bronce de la columna del Vedado!

Sobre su participación en la Guerra de los Diez Años, quedan datos dispersos. Pero indican siempre número importante. Los esclavistas señalan el carácter levantisco del chino; los capitanes generales, cuando quieren señalar que la revolución está reducida a sus últimos extremos, no se limitan a decir que en ella continúan militando muchos negros, sino, como el general Concha, advierten que en las partidas hay negros y chinos; y el general Martínez Campos pone, en el convenio del Zanjón, un artículo que se refiere a las condiciones de capitulación de los contratados chinos que se cuentan en las fuerzas de la rebelión.

Puede afirmarse que más allá de la provincia de Matanzas, en dondequiera que había trabajadores chinos, éstos, en su mayor parte, se unieron al levantamiento. Es cierto, sin embargo, que la casi totalidad de los que estaban en la oriental se rebelaron; más tarde, se unieron a éstos los que fueron llevados a Puerto Príncipe y Santiago de Cuba para trabajar en las obras militares. En Nuevitas y en las zonas de colonización de Morón, en donde también había chinos, España no pudo contar con ellos. Tampoco le dieron lealtad los que fueron llevados a las diversas zonas de cultivo. La insurrección de los agricultores chinos, cuyos trabajos eran necesarios a la intendencia militar, hizo en algunas regiones peor la situación de las bases de campaña. Las cuadrillas chinas se iban al monte, empeorando la situación de los aprovisionamientos del ejército de operaciones. En muy pocos lugares se les incorporó a las guerrillas,

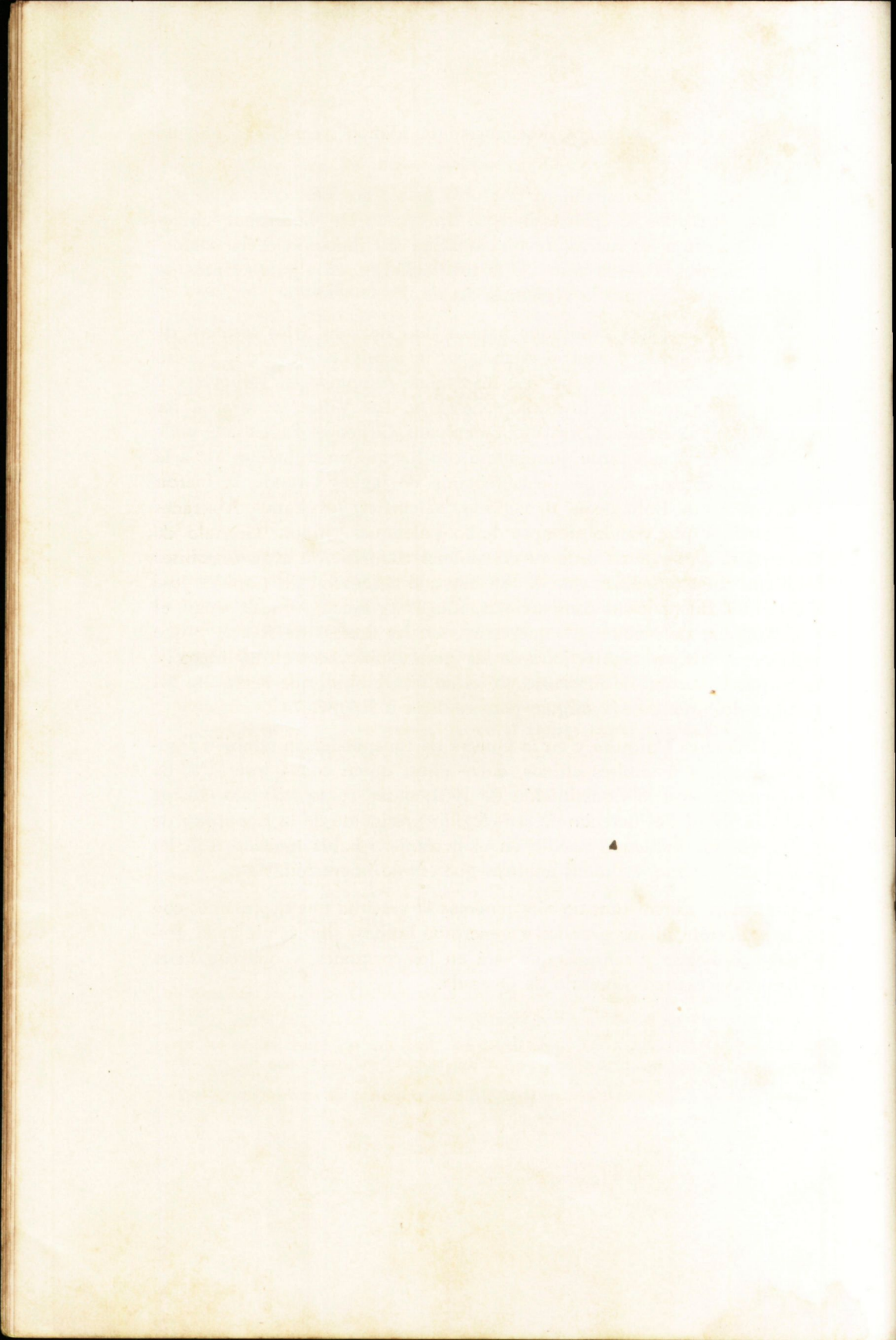
alegándose que "los chinos desconocían el idioma", condición que no pesaba sobre el criollo.

Las informaciones españolas, por otra parte, nos dan cuenta de que también los chinos se apalencaban, se convertían en cimarrones, uniéndose más tarde a las fuerzas revolucionarias. Su indocilidad era comentario corriente, ya desde antes de la revolución, y, en algunas fincas, se amotinaban, tan pronto la vigilancia decaía.

En 1869, todos los chinos que habían sido llevados a los distritos de Las Tunas, Holguín y Morón estaban en la manigua, en la que habían sido precedidos por los que ya se habían levantado en Nuevitas y Manzanillo. Cuando la invasión penetró en Las Villas, se alzaron los de Remedios, Caibarién, Corralillo, Camajuaní, Cifuentes, Sagua la Grande y Quemados; y, más tarde, juntándose con los que ya se habían ido a la Ciénaga de Zapata, después de la rebelión de Jagüey Grande, se fueron al monte los de Bolondrón, Banagüises, Macurijes, Jovellanos, Alacranes y Amarillas, por donde siempre hubo palenques chinos. Gonzalo de Quesada nos dice a las órdenes de quienes combatieron estos mambises asiáticos. A los nombres que él cita hay que agregar el del Capitán José Cuang, llamado por sus compatriotas, Kau-kong Kuang, o sea, "Cuan, el de la ciudad de Kaukong", que estuvo en las fuerzas de Reeve, y que fué uno de los principales jefes de los chinos sublevados en los ingenios de la parte oriental de Matanzas. Y el de Lim Fu-kin, que se llevó a los colonos del área de Mayajigua, para reforzar a Róloff.

En la Guerra Chiquita y en la Guerra de Independencia también figuraron muchos mambises chinos, entre ellos, quien como José Wu, de conformidad con la Constitución de 1901, tenía, como Máximo Gómez y Carlos Róloff, el derecho de ser elegido presidente de la República de Cuba, porque habiendo nacido en el extranjero había luchado, con las armas en la mano, en todas nuestras guerras de liberación.

Para ellos, los cubanos no sólo tenemos la gratitud que expresamos con la recordación de sus grandes y generosos hechos, sino también la gratitud más honda y sentida, que está en los corazones, y que con tanta vehemencia expresó Gonzalo de Quesada.



LOS CHINOS Y LA REVOLUCION CUBANA

Por GONZALO DE QUESADA

(Anotaciones de Juan Luis Martín)

Nadie ha relatado en prosa, ni cantado en verso, los hechos de los hijos del Celeste Imperio en la épica guerra de Cuba; nadie se ha acordado de aquellos que combatieron con valor en la batalla, que contribuyeron con su trabajo en los talleres a mejorar la condición del soldado, que sufrieron el hambre y las privaciones de la guerra, que cuando caían prisioneros perecían con estoicismo; nadie ha tenido para los que virtieron su sangre anónima y generosa, sin ambiciones de gloria o de provecho personal, lágrimas de recordación, flores de agradecimiento! A ellos hemos de glorificar los que amamos la nobleza en el hombre, los que no desdeñamos la humildad, los que santificamos la virtud.⁽¹⁾

La codicia, los tormentos y la desesperación, exterminaron al indio cubano, pacífico y generoso; la hoguera cristiana que consumió al valiente Macorijes, al heroico Hatuey, fué la señal de muerte de la raza indígena en "la tierra más hermosa que jamás ojos vieron", pero las llamas no purificaron las almas de los verdugos, ni les hicieron desistir de su inclinación a la trata humana, ni extinguieron el espíritu noble y rebelde de la tierra cubana!

(1) El primer monumento que se levantó a los héroes de la independencia de Cuba, durante la Guerra de los Diez Años, en Cayo Hueso, era una pirámide truncada, a la sombra de un mamoncillo, erigida en el cementerio local. En ella estaban los nombres del Capitán Tancredo, Sebastián Sian y José Anelay, entre los de los más ilustres cubanos. Los nombres chinos de los combatientes no constan en los registros, pues muy escasamente en Cuba los contratados conservaban sus nombres nacionales, y se les daban los que tomaban al ser bautizados, o filiados conforme a la legislación española.

El primer esclavo había desaparecido; era preciso que otro esclavo le sustituyese. Las costas de Africa sirvieron de mina de donde sacar tantos brazos necesarios para extraer de las entrañas de la tierra cubana los últimos tesoros, tantos "sacos de carbón" indispensables para hacer andar la máquina del ingenio. Las bodegas de los buques negreros venían repletas; la mercancía averiada se echaba al agua para que no estorbase, ni descompusiese el resto del cargamento;

La tempestad sacudía

Los barracones henchidos;

y el tátigo, y el cepo, y la soga, y los palos, empezaron su nuevo reinado, más pujante, más poderoso que el anterior, y más lúgubre también, porque era mayor el número de siervos.

¡Qué fortuna! Estos no eran como el indio delicado; éstos eran negros fuertes; éste pellejo era más duro; ¡esta carne resistía más! ¿Por qué temer en lo adelante a la falta de brazos? ¡No importaba sacarle al esclavo, en el más corto tiempo, la cantidad mayor de trabajo, aunque muriera después! ¡estaba muy cerca el depósito inagotable!

El buen Las Casas no consiguió mejorar la suerte de los parias del Nuevo Mundo; sus armas eran el ejemplo virtuoso, las súplicas, las oraciones. La tenaz propaganda de Wilberforce, Channing y sus discípulos, descendientes de Sir John Hawkins, destruyeron, para gloria de nuestro siglo, el tráfico inícuo; sus armas, diferentes de las del ejemplar sacerdote, no eran de persuasión, sino de fuerza: ¡los cruceros y los cañones de Inglaterra!

Cuando el comerciante de hombres no pudo evadir la vigilancia británica, cuando vió que el Africa no podía abastecerlo, impulsado no tanto por la necesidad de brazos como por su insaciable codicia, buscó nuevos filones de esclavitud que explotar. La madre patria había tenido la culpa, prohibiendo que los españoles emigrasen a Cuba. ¡De ese modo se conservaría por más tiempo degradada la colonia, y no nacería, de padres españoles, una generación de criollos que intentara la redención de la Isla oprimida! El esclavo indio había muerto. El esclavo negro necesitaba un refuerzo: ¡el esclavo chino!

Los gobernadores continuarían enriqueciéndose en unos pocos años, los buques seguirían empleados, las bayonetas y los fusiles estaban allí

para reprimir como antes, alguna inquietud: no se daría tiempo a que se enmohecieran los fusiles. En vez de algunas baratijas, con un poco de oro, embaucarían a los cándidos chinos; y los hombres de experiencia no quedarían cesantes, y los capitanes de conciencia encallecida tendrían mercancía que transportar; ellos no se conmovrían al ver a los desgraciados lanzarse al mar, convencidos de que las promesas fabulosas eran un engaño. ¡Aquellas almas estultas y corrompidas, bien podían contemplar sin horrorizarse los centenares de cadáveres hinchados que sacaban de la bodega de Manila! ¡los ojos fijos parecían clavados sobre el corazón insensible y sediento de oro de sus asesinos!⁽²⁾

¿Y por qué inquietarse la conciencia, si ellos progresaban en cuanto a humanidad? Es cierto que desde junio de 1847⁽³⁾ en que desembarcó su primer cargamento el "Ogneredo", hasta 1859, de 50,123 chinos que salieron de su país, 7,622 habían perecido en el trayecto, pero ¿no era este quince por ciento, menos que la proporción de su obra humanitaria en el Africa, donde la proporción de los que resistían viaje y vida en Cuba a los que salían del continente, era de uno a tres? y ¡vamos! que si adelantaban en comparación a su empresa de salvación religiosa entre los indios; y si no, allí está la historia: cincuenta años después de la conquista no se adoraban, alrededor de las ceibas, los *Semies* en Cuba; es verdad que tampoco había indios que venerasen la imagen de la Virgen o del Cristo redentor. ¡No había indios! ¡De cien, cien habían muerto!

La Sociedad Anónima de La Habana, hacía pingües ganancias, más remunerativas que cuando la trata negra: ¡hasta en esto se avanzaba!⁽⁴⁾

(2) Los chinos fueron traídos a Cuba después de los informes que se presentaron ante la Junta de Fomento, en vista de las ventajas que los ingleses habían obtenido en Jamaica, las islas Barbadas y Trinidad. Los primeros ensayos se hicieron trayendo de las Filipinas contratados *sangleyes*; y después se procedió a enviar un agente español al puerto de Amoy, quien luego se trasladó, en virtud de las dificultades con Inglaterra, a Macao y Hong-kong. A los colonos de estas plazas se les decía que iban a trabajar a *Lay-sung* (Luzón), valiéndose de un engaño geográfico. Entonces, en el sur de China se llamaba *Siu Lay-sung* a las Filipinas, a España se le decía *Tay Lai-sung*. ¡Y se identificaba a Cuba con España o las Filipinas!

(3) Los primeros contratados se consignaron a los ingenios de Luis de Zulueta y Julián de Arrieta y llegaron, según los documentos contemporáneos en la fragata "Oquendo", veloz crucero que había estado destinado al tráfico con la costa africana y que más tarde, cambiado el nombre, se empleó en el viaje desde la costa de China. La travesía se realizó por el estrecho de Magallanes, tardando más de seis meses en la navegación.

(4) Los escándalos de la Compañía de La Habana, que se mantuvo durante muchos años, llegaron al punto de que fué menester la intervención del Capitán General, Pezuela, virtualmente sustituido por la acción de los magnates de ese nuevo sistema esclavista. En época de este Capitán General se estableció un reglamento general por el cual eran considerados dentro del mismo régimen jurídico los emancipados africanos, los colonos

Todas las banderas servían a los intereses "fomentadores de la riqueza agrícola". Las agencias en Macao y Manila tenían ramificaciones innumerables: cincuenta pesos por cada bulto a bordo era el premio que se pagaba.

A medida que el chino se alejaba de su tierra, lo trataban más como esclavo que como hombre libre, eso sí, no lo dejaban morir de hambre, porque muy lejos estaban los cristianos caballeros de violar el mandamiento que dice "No matarás"; consideraciones como la de menos cantidad de mercancía, menos cantidad de ganancia, no entraban en sus cálculos, y como el chino era tan cuidadoso con su ropa, para que no se le ensuciase no se le dejaba usarla ni una sola vez durante la travesía; así, a la llegada, después de raparle la cabeza y bañarlo, luciría el fuerte y barato traje de algodón. Nadie diría entonces que no estaba aseado y contento.⁽⁵⁾ A la vista de Cuba, un rayo de esperanza iluminaba la cara redonda; los almendrados ojos, a pesar de su oriental melancolía, chispeaban; quizás pensaba el chino que al saltar a tierra encontraría mucho del oro que le habían enseñado; ¡en aquella tierra cubana tan bella empezaría para él una vida mejor, recobraría su libertad! ¡Pobre chino! No sabías que los barracones, los tenebrosos almacenes de madera donde apiñaron a los negros, aún se levantaban sombríos en medio de la bárbara civilización colonial. Los mismos hacendados irían allí a surtirse, después de hacerlos examinar por un médico a fin de ver si estaban en buena

chinos y los colonos canarios y gallegos. En épocas de Pezuela, Concha y Cañedo ocurrieron diversas rebeliones, en los ingenios de Matanzas principalmente. Algunos chinos fueron ejecutados en el garrote por haber dado muerte a los mayores, o a los administradores de las fincas. Muchos trabajaban en las carboneras de Casa Blanca, en las descargas de buques en los puertos, en la construcción de edificios y en los trabajos de los ferrocarriles. Durante las guerras de independencia, los contratistas del estado los destinaron a la construcción de las trochas militares, las torres ópticas y las barbacanas.

(5) El sueldo que se asignaba al contratado chino era de ocho duros mensuales, sola diferencia que se establecía entre él y el esclavo. El contrato era el llamado de indentación, identificándose cada uno por un número y el pedazo de la copia del documento original (en chino por una vuelta y español la otra), que se dejaba en su poder. Las comprobaciones se hacían juntando las dos partes. Además, cada colono tenía que tener una cédula personal, demostrando que de su estancia en Cuba era responsable un *patrono*, eufemismo que no era en realidad más que una patente de dominio personal. El chino estaba obligado, a la expiración de su contrato, a sujetarse a otro patrono; y si no quería, al vencer el término, se le llevaba a un depósito municipal, para ser embarcado a China. ¡Pero nunca se le embarcaba! En los depósitos municipales, para su manutención, tenía que trabajar en los servicios públicos, en beneficio de los felices contratistas. Tampoco podía regresar, o libertarse del contrato, si no satisfacía las deudas, de que se le recargaba, con multas, etc. En los trabajos, obraba en cuadrillas, por el oneroso sistema de *capitanes de barangay*, calcado de las Filipinas y Java. Había, así, contratistas que eran patronos y que llevaban sus cuadrillas. por un estipendio de obra, no de personas, que llevaban a los *colonos* de un lugar a otro.

salud: enseguida se firmaba el contrato en chino y en castellano, con la condición de que el chino se sometería a un número de palos anualmente. No conocía el chino la aritmética del mayoral, que siempre pecaba por más que por menos, y después, ¡al ingenio, a las fincas, a trabajar lo mismo que el negro esclavo, catorce horas al día, por ocho años, sufriendo hambre, quebrantando su físico en un clima mortífero, sin alimentos ni cuidados suficientes, a morir el 75 por ciento antes de cumplida la contrata!

A bordo, cuando intentaron recobrar su libertad, el cañón que barría la cubierta y la tripulación decidida y armada hasta los dientes, sofocaban los motines, prodigando la muerte de una manera espantosa; y ahora, bien vigilados y custodiados, los conducían a las haciendas de sus compradores, y una vez allí, ¿para qué servían el látigo, el machete, el cepo y el rifle?⁽⁶⁾

Desesperados se ahorcaban en los árboles, vestidos con sus mejores trajes; se lanzaban en los pozos, en los ríos; el suicidio ponía término a sus martirios; después resolvieron vender caras sus vidas, y comenzaron los motines, los alzamientos; con sus utensilios de trabajo, con sus azadas, daban muerte a los amos, a los mayorales. ¡Infelices! ¿No habían visto ellos acaso las bayonetas cuando desembarcaron; los soldados uniformados para conservar "la paz y la tranquilidad pública", es decir, para sofocar la libertad en cualquiera forma que se manifestase? Por la paz y la tranquilidad pública habían quemado vivo a Hatuey; por la paz y la tranquilidad pública Aponte había muerto. El garrote se había levantado para ahogar "El Juramento" del inmortal matancero; el garrote se erigía ahora para reprimir los movimientos sediciosos del chino —justos arranques de la dignidad hollada. El garrote ya había tenido sus víctimas blancas también; el gobierno tiránico creyó que el collar de hierro extinguiría el espíritu de libertad en la patria cubana!⁽⁷⁾

(6) Las protestas internacionales fueron frecuentes por los hechos ocurridos a bordo y en más de un barco se declararon el cólera, el tífus, la fiebre amarilla y otros males, debido al hacinamiento. Hay que contar también con los horrores del reclutamiento, principalmente en Macao. Muchas veces, los capitanes de los barcos no sentían escrúpulos en *comprar* (contratar en su lenguaje) a personas secuestradas por los piratas de las aguas meridionales de China. Y hubo también mandarines que no repararon en vender prisioneros, hechos entre los que se insurreccionaban contra la autoridad imperial, o entre los mismos piratas. Se contaron casos en que los piratas y salteadores de las costas se hacían contratar, para luego sublevarse en los buques españoles, ingleses, franceses o portugueses, matando a la tripulación.

(7) Fué tan corriente el suicidio entre los colonos chinos, que autores hubo que sostenían que en él había una especial inclinación a quitarse la vida; y hasta se hizo corriente la suposición de que la nostalgia de los chinos llevábales a matarse, para

Las deportaciones, las amenazas, el cadalso, no pudieron arrancar lo que palpitaba en todos los corazones, y el 10 de Octubre de 1868, en el campo memorable de Yara, desplegó el esclavo blanco la bandera de igualdad y de fraternidad, bajo cuyos pliegues podían cobijarse todos los que habían sido esclavos y desde entonces aspiraban a la emancipación. El chino no podía dejar de ver que aquella bandera significaba su vindicación: su inteligencia le hizo comprender bien pronto que ella significaba la libertad, su corazón respondió y le dijo: "Tú debes estar con los que tratan de elevarte a la calidad de hombre digno!"⁽⁸⁾

Espontáneamente se alistaban en las filas insurrectas, y después se introducían con habilidad en las ciudades para reclutar entre los de su raza, sin que las autoridades pudiesen reconocerlos, por lo difícil de distinguir los unos de los otros.⁽⁹⁾ Cuando las fuerzas cubanas sublevaron las dotaciones de los ingenios, los oficiales de su raza les explicaron el por qué de la guerra, y juraron llenos de entusiasmo servir la bandera de la República. Los años de servilismo desmoralizador no habían destruído las fibras de nobleza en sus almas; ellos combatirían contra la bandera que los había esclavizado, ellos serían compañeros y hermanos de sufrimientos de los que sufrían, como él, el yugo colonial.

resucitar en su tierra. Las estadísticas que sobre este punto presenta el Dr. Antonio Valverde son elocuentes. Meza nos afirma que en 1899, casi todos los chinos que habían sobrevivido de los horrores del sistema eran mendigos en las grandes ciudades, a excepción de unos pocos que se habían enriquecido en las contratas. Lo que se puede decir, de un modo terminante, es que de los millares y millares de contratados que vinieron a Cuba, muy pocos conservaron energías para regresar a China. Sobre su estado y condición en Cuba escribieron en su día, Rafael María de Labra, Charles Dana y Ferrer de Couto. El chino, que ya tenía una civilización hecha, que traía elementos de cultura, se desesperaba como el colono español, mucho más que el africano. Además, en su tierra, no era conocido el sistema esclavista, como en la costa de África. Su situación era mucho más aflictiva, por esto, y porque se le segregaba más y no se permitía la inmigración de mujeres.

(8) Los primeros chinos que se incorporaron a la Revolución Cubana fueron los del área de Manzanillo. También se fueron a la manigua los que llevaron más tarde, para la construcción de las trochas locales y la trocha transversal.

(9) Uno de los actos más conspicuos y audaces del general Antonio Maceo en la Guerra de los Diez Años, fué la sorpresa de la guarnición española de Manzanillo, que la tradición conoce con el nombre del *ataque de los chinos*. El hecho ocurrió en 1873; los chinos que figuraban en las fuerzas de Maceo se infiltraron hasta el centro mismo de la población, confundiendo en medio de la sorpresa a los españoles, cuya red de fortines fué violada, por los mismos que las habían construído. Los chinos mambises eran llamados *sai-kwei*, o diablejos, por sus compatriotas, admiradores de sus hazañas. Entre ellos, había muchos con experiencia en guerra de partidas, pues habían peleado en China, unos contra las bandas de salteadores, otros en éstas, y no pocos en las diversas insurrecciones contra el Hijo del Cielo, que fueron constantes, durante el siglo XIX, en el sur de China. La totalidad de los trabajadores chinos de las áreas de Manzanillo, Las Tunas y Holguín se fueron a la manigua; eran unos 150, según los datos que se han conservado.

Pocos había en Oriente, pero casi todos ingresaron en las filas insurrectas, distinguiéndose entre ellos un practicante de medicina por su abnegación y actividad, y como ayudante del honrado y meritorio Modesto Díaz, el chino Liborio, de quien ha dicho uno de nuestros ex-Presidentes: "Era ese chino un modelo de patriotismo y de lealtad". En la acción entre las fuerzas del tigre de Zarragoitia, Valmaceda y los patriotas, cerca de Cauto Embarcadero, los chinos dieron muestras de valor y aún se señalaron por su arrojo en el ataque al machete.⁽¹⁰⁾

En el ejército del Camagüey pelearon bien, mandados por oficiales chinos hasta el grado de comandante, formando parte de la brigada del Sur, a las órdenes del coronel Lope Recio. Estuvieron en todas las acciones que se dieron en ese territorio; cuando el general Jordán dió la batalla de las Minas de Tana o Guáimaro, ellos defendían la trinchera de la izquierda. Al intentar los españoles un movimiento hábil de flanco con el objeto de forzar la posición, valiéndose de que por este lado el campo estaba descubierto, a los chinos se les permitió, después de pedirlo ellos repetidas veces por conducto de su jefe Agüero, avanzar contra el enemigo. Saltaron las trincheras, cuerpo a cuerpo combatieron con las fuerzas más veteranas y aguerridas de España, las arrollaron repetidas veces, forzaronlas a retirarse, a culatazos rompieron los cráneos del enemigo.⁽¹¹⁾ En Jimaguayú, después de caer el héroe inmortal, atacaron a las fuerzas españolas en soberbia línea de batalla. ¡Qué bien le pagaron al general!: unos días antes, el comandante Hernández, que era su primer jefe, disgustado por cierta insubordinación que, como las anteriores, sofocó con su puño de hierro, exclamó en un momento de incomodidad: "Ya me tienen cansados estos chinos", y se dirigió a donde el general para que lo trasladara a otro cuerpo. Agramonte sabía por qué venía a verle Hernández, y sabía también que aquellos eran disturbios pasajeros: que Hernández era el único que los podía entender, porque los chinos amaban

(10) Estos chinos pelearon en diversas acciones a las órdenes de Donato Mármol, enfrentándose con los españoles armados de lanzas. Según algunas versiones, algunos manejaban el machete a la manera de la esgrima del *tai-tao*, o mandoble chino. El chino Liborio era de apellido Wong, y se distinguía como herbolario. Era el *médico chino* de una dotación de las cercanías de Manzanillo. Más tarde sirvió a las órdenes del general Lacret.

(11) En un parte de guerra del general Thomas Jordan se cita expresamente al comandante chino, Sebastián Sian, que blandiendo el rifle como una porra, cuando se quedó sin balas, peleó como un dios griego, a caballo, contra la infantería española, en la acción de Minas de Juan Rodríguez. Casi todos los chinos que combatieron en la provincia de Camagüey procedían de la zona de Nuevitas, en donde trabajaban en la trocha de Bagá y en el ferrocarril. Otros formaban parte de las dotaciones de las fincas que se fomentaban en las cercanías de Morón y Santa Cruz del Sur.

con cariño casi infantil a su jefe, y Hernández también los quería mucho. Cuando el atlético comandante de hermosa barba entró en la estancia del general, éste le recibió con verdadero calor y cariño, y antes de que pudiera hablar le dijo: "¡Qué orgulloso debe estar usted con su batallón! ¡Cómo se han batido en las últimas acciones, y todo se debe a usted, a su energía, a su tacto, y al afecto que le tienen! ¡Ese batallón es su gloria!" El comandante bajó los ojos azules; no tuvo valor para acusar a los que tantos elogios le habían proporcionado, de quien era tan parco en ellos. Cuando salió de la tienda del general, orgulloso decía por todas partes: "¡Hasta yo me siento chino!"

En las Guásimas estuvieron en la reserva hasta el cuarto día, en que pelearon con tesón, sosteniendo la retirada.⁽¹²⁾ En la toma de Nuevitas y en Santa Cruz prestaron grandes servicios por su habilidad para hacerse de víveres y municiones.

Pero fué en el ejército de las Villas, en el que el número de chinos era mayor, donde se distinguieron personalmente.⁽¹³⁾ A este cuerpo pertenecieron chinos como el capitán Juan Díaz, el Apolo de todos ellos, de tez casi blanca, largo y sedoso bigote, rostro agradable y franco, que hizo toda la guerra, y que en los momentos de morir en Remedios, después de la paz, besaba con amor la bandera de la Estrella Solitaria; chinos como Pancho Moreno, que después de la toma de Mayajigua, cuando los españoles se atrincheraron en una casa en la plaza, era el

(12) Los chinos pelearon en la recia acción de Las Guásimas, combatiendo contra los escalones españoles, en tremendas cargas, a las órdenes del brigadier González (mexicano), con quien después pasaron a la invasión de Las Villas. La casi totalidad de ellos habían sido llevados a Puerto Príncipe para los trabajos de la trocha de Morón a Júcaro.

(13) Había muchos chinos en el área de Placetas, Camajuani y Remedios; en las haciendas de Julián de Zulueta, que fomentó las riquezas de esa área, eran numerosos los contratados. En Las Villas los chinos combatieron a las órdenes del general en jefe, Máximo Gómez, de Maceo, Róloff y Cavada. Algunos de ellos formaron en los audaces cuerpos ligeros del general Reeve (El Inglesito). Ellos penetraron en la zona de Colón, en Matanzas, y estuvieron en la terrible retirada, en donde los cubanos tanto padecieron; por su incitación y su ejemplo, se unieron a la Revolución las dotaciones de los ingenios de las Villas Occidentales y Matanzas. Se recuerda el nombre de José Wu, que combatió en las dos guerras; éste fué guía de las fuerzas insurrectas por las montañas de Trinidad y con frecuencia, correo de Máximo Gómez, de quien siempre fué amigo, entre Camagüey y Las Villas, cruzando muchas veces la Trocha. En la acción de Nuevas del Jobosí, el bravo José Wu se distinguió por su valentía, yendo a provocar a las fuerzas del coronel Ayuso (1876). De los chinos que salieron de Colón con los que allí se sublevaron por sus amonestaciones, fué distinguidísimo Pío Cabrera, que obtuvo el grado de teniente. Combatió a las órdenes de Róloff y Serafín Sánchez. La mayor parte de los chinos que combatieron en Las Villas eran de la provincia de Fukién, entre ellos, como más conocido, Juan Sánchez, llamado también Lim Fu-kin. El llamado Juan Díez era *bakka*.

sitiador más atrevido. Cargaba su trabuco con doble munición, y de día y de noche, aquel hombre, él solo, los retaba: "*Baja la plasa español, y pelea.*" Durante tres días disparó sin cesar su trabuco contra la casa fuerte, con una serenidad asombrosa, sin temer a las balas que llovían alrededor de sus desnudas formas; chinos como el teniente Tancredo, que había venido a Cuba a los diez años, que recibió educación en Villa Clara. Jamás estaba mal vestido, siempre aprovechaba los momentos de ocio que sus quehaceres de oficial excelente y organizador le permitían, para instruirse; amigo íntimo y mentor suyo fué el erudito Eduardo Machado. Más de una vez, a la sombra del frondoso mango, el diputado rubio de las Villas le dió lecciones al chino, humilde teniente del ejército. ¡Cuadro hermoso de confraternidad, obra de nuestra Revolución cordial! En Rosa María le hicieron prisionero. El oficial español, al verlo dijo con desprecio: "Este es un chino manila." Tancredo, que estaba apoyado a un árbol, no pudiendo tenerse en pie por sus heridas, al oír estas palabras se incorporó; del pecho, cerca del corazón, donde los guardaba como su único bien y título de orgullo, sacó sus diplomas de oficial cubano; frente a frente miró a su adversario, y con voz vibrante replicó: "¡No es un chino manila, no; es un teniente del ejército liberador de Cuba! ¡Fusílenme!"

Aquel mismo día murió también, de resultas de heridas, el que había conquistado el grado de comandante, el que era mitad paloma y mitad león, el bravo chino Antonio Moreno.

Otro hombre notable fué Juan Anelay, "el Loco". Las fuerzas de las Villas, en busca de pertrechos que les urgían, marcharon a Oriente donde abundaban, por haber desembarcado allí varias expediciones. Hubo una reconcentración de fuerzas a la que asistieron el gobierno y la Cámara. Los villareños, concluída la misión que los había traído a Oriente, se dirigían al Camagüey. Los diputados más elocuentes hicieron magníficos discursos sobre el patriotismo cubano, sobre la hermandad que existía entre los cuerpos del ejército, y concluyeron elogiando las fuerzas de las Villas. Estas no estaban satisfechas con las escasas municiones que les habían cedido los orientales; a Juan Anelay lo escogieron para presentar sus quejas.

Aun no se había perdido el eco de los aplausos que felicitaban al orador, cuando subió a la tribuna Anelay en medio de vítores, resplandeciente con la luz del sol hermoso, agitado por la injusticia que él también palpaba, y en su abigarrado lenguaje, gesticulando, dijo:

Ciudadano cubano tó: —Tó la gente ta qui jabla bonito na má. Tú dise nosotlo va pa la Camagüey, tú no da pa nosotlo life, tú no da pa nosotlo cásula, tú no da sino poquita póvola, no da bala, no da papé, no da pomo, pobesito nosotlo gente la Villa.

Nosotlo plincipia peleá ayá na Colón, nosotlo peleá Lemelio, Cienfuego, nosotlo pasa la Tlocha, nosotlo vinimo Camagüey, nosotlo peleá Camagüey; luego nosotlo viene Oliente: gente dise acá mucho life, mucha epedición, nosotlo viene busca; chino busca, tó.

Nosotlo tá Oliente, nosotlo peleá Oliente, generá de nosotlo muere aquí. Abola tú quiele nosotlo va pa yá pa la Camaguey, pa matá soldao ayá; tó life, tó gente, tó gobierno queda aquí Oliente comiendo boniato sentao aquí lo monte, no peleá. Yo digo, junto tó nosotlo, tó gobierno, tó la gente camina pa la Camagüey, mata soldao la Camagüey; ayá mucho que comé, mucha baca; luego sigue pa la Villa, tó life, tó gobierno, tó Lepública: luego ¡Viva Cuba libe!”

El ejército escuchó en silencio de labios chinos la verdadera doctrina revolucionaria, el plan único de campaña. Cuando concluyó fué en medio de aclamaciones y de un entusiasmo arrebatador. Por el campamento lo pasearon en triunfo miles de brazos fraternales.

Brazos crueles fueron los que en Santa Teresa, cuando Anelay cayó prisionero, le amarraron, mientras el chino resistía como una fiera; brazos crueles los que le mataron en horrible martirio, a palos, sin que se oyesen otras palabras de sus labios ensangrentados y llenos de espuma, que ¡Viva Cuba libe! ¡Viva Cuba libe!

No hubo soldado más fiel que el comandante Siam, el chino más viejo de la Revolución. Cargado de años, dejó su establecimiento en Las Villas para convertirse en incansable reclutador, en decano y árbitro de los suyos. Después del Zanjón comenzó de nuevo su vida laboriosa; su casa era el hogar de todo el que había sido su compañero de armas. En la tentativa revolucionaria posterior, los patriotas, después de un encuentro, acamparon cerca de su estancia. Necesitado el jefe cubano de comestibles, envió unos soldados para que los procurasen en los contornos. Regresaba Siam del pueblo vecino donde había visto los estragos hechos al enemigo, cuando se encontró con los patriotas. Al enterarse de lo que deseaban, les dijo:

“Vengan conmigo, muchachos.” Y los llevó a su bohío, recogió todo lo que poseía y exclamó:

“¡En marcha, al campamento!”

"Es ya tarde para que usted esté fuera. Es más de media noche," contestó uno.

"Mi comandante, usted necesita descanso," dijo otro.

"Es muy peligroso andar por aquí donde hay tantas tropas," añadieron los demás.

El anciano replicó enojado:

"¡Cuántas veces he dormido con esa luna de centinela! ¿Creen ustedes que yo puedo dormir esta noche sin haber visto a mis hermanos? ¿Qué puede suceder, que me maten? ¡En marcha al campamento!"

¡Cómo abrazó a sus jefes, cómo corrían las lágrimas sobre sus enjutas y arrugadas mejillas, al exclamar: "¡Ay mi general, quién tuviera fuerzas para seguirte!"

Se despidió de sus amigos sollozando y emprendió camino por entre el bosque donde penetraba apenas la luz de la luna; la cabeza le caía sobre el pecho, que subía y bajaba como mar tempestuoso. De pronto Siam llegó a un claro, recorrió con sus ojos humedecidos el cielo estrellado, y pronunció estas palabras:

"¡Dios los bendiga!"

Valeroso hasta la temeridad fué el teniente Pío Cabrera. Se le designó siempre para las posiciones más difíciles. En las Nuevas de Jobosí fué uno de los oficiales que con 60 hombres atacaron y desalojaron al enemigo que se había refugiado en un Cayo de Monte. Combatió con denuedo y recibió una herida en el brazo.

Cuando comenzó la "guerra chiquita" Pío se incorporó de nuevo a las filas cubanas. Después de la acción de Buena Vista se le encargó que protegiese la retirada con algunos soldados. El grueso de las fuerzas estaba ya en salvo; sus compañeros le advirtieron que era hora de abandonar la posición; el enemigo se acercaba cada vez más: dentro de poco sería imposible escapar.

"¡Los que quieran, que se retiren!" gritó el oficial. El siempre había peleado de frente; ahora no volvería la espalda al enemigo.

Vienen ya las tropas españolas: en la calzada los espera un soldado, un chino, la cabeza descubierta, rodilla en tierra, rifle al hombre. Cada vez que dispara, cae en tierra un enemigo. Casi sobre él están 50 hombres; Pío, imperturbable, carga, apunta, dispara con regularidad matemática.

Una bala le rompe la pierna, y Pío tendido sobre la tierra colorada y húmeda, con la misma calma, con la misma certeza mortal, carga, apunta, dispara. Cada vez que se oye la detonación de su arma, cae un uniforme más.

Cesa de tirar. Sus enemigos se lanzan sobre él; con un supremo esfuerzo les arroja el rifle al rostro, el rifle sin balas; ¡diez tenía el corazón del heroico chino!

Estas son algunas de las hazañas del chino en nuestra guerra, los títulos que le hacen acreedor a nuestra admiración y reconocimiento.⁽¹⁴⁾

Pero si todo lo grandioso que hemos relatado no hubiese ocurrido; si millares de chinos no hubieran contribuido al sostenimiento de la guerra, con su trabajo en los talleres de las industrias que surgieron maravillosamente en los bosques seculares y rebeldes; si no hubieran sido soldados sufridos, valientes, y como hermanos de armas no se hubiesen señalado por su compañerismo rayano al sacrificio; si no hubieran sabido morir como las almas templadas para la gloria; aun sin estos méritos, esos adalides nobles e ignorados de nuestra epopeya, tendrían derecho a la inmortalidad y a nuestra veneración por el hecho ejemplar de que "no hubo un chino armado en Cuba que no estuviera al lado de la libertad." Y cuando se pueda en nuestra patria redimida honrar el patriotismo, para erigir un monumento a los que compartieron con el esclavo negro y el esclavo blanco las victorias y los sufrimientos de los diez años de lucha, a los que ayudaron a consolidar con su sangre la fraternidad y la igualdad en nuestra tierra, para levantarle al chino un monumento digno, nos bastará el epígrafe que con letras imperecederas grabaremos en su pedestal:

¡"No hubo un chino cubano desertor;
no hubo un chino cubano traidor!"

Enero 1892.

(14) En la intentona de Carlos Agüero por la provincia de Matanzas, estuvieron concertadas las dotaciones de chinos y muchos de éstos perecieron. También en la última expedición de Goicuría, tan infortunada, se contaron varios chinos, entre ellos, Sian (no Sebastián Sian), que venía para obrar como correo de los expedicionarios. En la provincia de Oriente, fué muy distinguido el capitán Tolón, que peleó en las tres guerras. La participación de los contratados chinos en el levantamiento fué tan acusada, que se les tuvo en cuenta en las capitulaciones del Pacto del Zanjón. Pan-wu, chino de Villaclara, dió su aporte económico a la Revolución; fué amigo de Marta Abreu y de los jefes que lucharon en esa área.

